

EN EL UMBRAL

¡Pom..., pom..., pom! Un sonido familiar, la vieja puerta de chapa resuena siempre con la misma cadencia cada vez que sus nudillos la golpean con suavidad, para no hacer demasiado ruido, pero con prisa y ansia para entrar lo antes posible. Mientras espera una respuesta, pega su oído al acero y al no escuchar nada vuelve a repetir el mismo procedimiento, esta vez mas flojito pero con más premura, ¡pom..., pom! Al fin, una voz suave pero quebrada, clara pero temblorosa, vislumbra la inquieta llamada y contesta... ¡ya voy!... No le hace falta preguntar quién es, ella ya lo sabe, por desgracia o por fortuna, no suele recibir otra visita más que la suya. El niño, que hace unos instantes era quien había llamado a la puerta, espera su llegada, pero viendo que ésta no llega vuelve a acercar la oreja a la fría puerta, escuchando así unos pequeños y continuados pasos que se oyen, pero todavía muy lejanos. El niño, inquieto por naturaleza, entiende el tiempo que transcurre en ese instante como una eternidad y por tanto, para acortarla, se sienta en el bajo y blanco umbral de loza marmoleada que pisaba hace unos momentos y espera a que la vieja cerradura vuelva a sonar como siempre y así entrar dentro de esa morada que se le acababa de abrir, como en tantas otras veces, de par en par. Cuando el añejo portal chirria y golpea las paredes del zaguán, el niño se levanta del frío umbral echando un rápido vistazo periférico a la calle dormida, justo antes de mirar hacia adentro y recibir con un caluroso abrazo a esa mujer que le había abierto la puerta (persona que a estas alturas de la historia, es redundante decir de quien se trata). “La señora” agarra al niño por las mejillas, sonrojadas por el sol y ensanchadas por las golosinas, y no contenta con el abrazo, le adosa uno, dos o tres besos, como poco, en cada moflete del zagal. El niño, que conoce la casa tan bien como la suya, se lanza en el magullado sofá (con más años que Matusalén) y rebusca entre los cojines el mando de la televisión, pues sabe que la última vez lo dejó en ese mismo sitio. Cuando lo encuentra, pasa un rato ajeno a lo que a su alrededor sucede hasta que en el viejo televisor (de esos que dan cosquillas cuando te acercas) echan un capítulo repetido que hace que la atención del pequeño recaiga ahora en otras cosas, la merienda. Como alma que lleva el demonio se planta en la cocina para pedirla a gritos e insistentemente, pero “la señora”, escarmentada ya de tantas otras veces se gira con el bocadillo entre las manos y sin ni siquiera abrir la boca el joven inquieto vuelve al sofá para disfrutar de una buena merendola a mesa puesta. Tras acabar, el niño se relame de tan delicioso manjar y al no ver a nadie en el salón (y con la tele repitiendo lo mismo que cada tarde) sube la enfilada escalera que aunque no es de caracol, hay que tener cuidado al subirla porque a la mitad hace una curva con los escalones más estrechos y podría caerse (ese aviso, ya lo había oído en muchas ocasiones). Al llegar al final, ve abierta la puerta de la azotea, su rincón favorito de la casa, enladrillada y pintada de rojo y con los tubos semiabiertos por los que pasa el agua cuando llueve para luego caer en chorro al suelo y jugar viendo como choca con el paraguas; pero ese día es soleado, en cierto punto, bochornoso, pero por suerte sopla una brisa que refresca la tarde y hace que se golpeen entre ellos los alambres (gruesos, doblados en algunas partes y oxidados en los

extremos) que le sirven a la anciana “señora” como tendedero tradicional en el que colgar la ropa de toda la familia, con un olor a suavizante que agrada hasta a las vecinas ,que hacen lo propio en sus respectivas azoteas, mientras conversan entre ellas. La llegada del niño interrumpe la conversación y mientras “la señora” coge las pinzas de una pequeña canasta para tender los calcetines que le faltan, el niño corretea entre los alambres atravesando como si fuera un toro bravo las sábanas blancas recién sacadas de la lavadora. Cuando la cesta queda vacía y la colada tendida, la misma voz suave, dulce y temblorosa implora al chico que baje con ella hacia el salón para no dejarlo solo allí arriba. El niño acepta a regañadientes y bajan cogidos de la mano, mientras uno lo hace pegando saltos y brincos, la otra afianza cada paso con los dos pies en el escalón, agarrándose siempre a la gastada baranda de madera; uno a toda prisa y la otra con una pausa tranquila, uno corriendo por llegar y la otra esperando a que el tiempo sea el que llegue, bajando la escalera la inocencia alborotada y la madurez paciente, pero eso sí, ambos van sonriendo. Lo que queda de tarde pasa volando entre anécdotas y juegos, un cuento en su regazo, una partidilla de cartas o “ayudando” a preparar la cena, hasta que cuando ya la noche se acerca en un cielo cada vez más estrellado, suena el pitido de un coche tan familiar que no hace falta más explicación, una mirada, un adiós con mucha prisa y un niño que se marcha hacia la puerta no sin antes volverse y darle uno, dos o tres besos a “la señora” y decirle un tierno e inocente “¡Hasta mañana, ABUELA!”... Para ella, después de eso, solo queda el silencio, interrumpido con el fuerte portazo del coche antes de marcharse; un suspiro de los que liberan, un esfuerzo por levantarse de su mecedora, el crujir de dos rodillas, una leve queja que no se había escuchado en todo el día y el sonido de la vieja cerradura de siempre que cierra a cal y canto la antigua puerta de chapa, hasta que a la misma hora del día venidero vuelva a llamar a ella el inquieto niño que se sienta en el umbral.

Pasaban los años, y la estampa se repetía, pero el niño, cada vez menos inocente y cada vez más hombre entendía este encuentro como una imposición y lo hacía ver con una frialdad repugnante en cada visita, pero ella, le seguía recibiendo con los brazos abiertos y una gran sonrisa, importándole poco que viniera menos veces y pasaran menos tiempo juntos, siempre y cuando pudiera seguir viendo a ese niño al que todavía reconocía en sus ojos.

Una tarde soleada, incluso bochornosa un hombre se paró frente a la vieja puerta de chapa... ¡pom..., pom..., pom...! El mismo ruido de siempre, a falta de respuesta volvía a repetirlo y pegaba la oreja al portalón hasta que sentía escuchar los pequeños y lejanos pasos de siempre, volvía a apoyarse en el escalón marmoleado, esta vez con más polvo del que recordaba y como cuando niño volvía a sentir que el tiempo que pasaba en esos instantes era una eternidad (tal vez, ahora sí que lo fuera). Volvía a echar un vistazo a la calle silenciosa y a lo lejos escuchaba como el viento hacía sonar a unos viejos alambres de una azotea que conocía bien y en la que hace tiempo que nadie tendía las sábanas blancas con las que jugaba. El hombre rompió a llorar, los recuerdos

fueron nubes que sobrevolaban por su cabeza y el tiempo la alarma que no le conseguía despertar de esta pesadilla, no tenía fuerzas para volver a llamar a la vieja puerta de chapa, y mientras la tarde caía, soñaba con la sonrisa de esa señora a la que tanto añoraba, mientras esperaba y esperaba, sentado en el umbral.